

www.elboomeran.com

INTRODUCCIÓN

En un breve texto de presentación a la carta que escribiera Georg Büchner en 1835 a Karl Gutzkow, recogida en el libro *Personajes alemanes*,¹ Walter Benjamin escribió: “Se trata siempre del mismo asunto. Hölderlin escribe a Böhlendorff: ‘Quiero y debo seguir siendo alemán, aunque las necesidades del corazón y también de mantenimiento me empujen a Japón’. Kleist escribe a Federico Guillermo III que, al tener que buscar el éxito en el extranjero, ‘mis pensamientos se han vuelto más tristes que nunca’. Ludwig Wolfram a Varnhagen von Ense: ‘Sé que usted no dejaría en la miseria a un escritor alemán de carrera ciertamente intachable’. Gregorovius a Heyse: ‘Estos alemanes realmente dejarían morir de hambre a uno’. Y ahora Büchner a Gutzkow: ‘Tendría usted que ver de qué no es capaz un alemán que tiene hambre’. Una luz muy llamativa proveniente de estas cartas cae sobre el cortejo de poetas y pensadores alemanes que, forjados en la cadena de una necesidad común, se arrastran hasta el pie de aquel parnaso weimariano alrededor del cual crecen incesantemente profesores como plantas”.

¹ Walter Benjamin, *Personajes alemanes*, Paidós, Barcelona, 1995.

Difícilmente encontraríamos, a modo de introducción, algún otro texto que explicara mejor el carácter de este libro que el lector tiene ahora en sus manos, o que iluminara hasta qué punto, como si un puñado de cartas ajenas y oscuras hubiera abierto el paso hacia las propias, aquel “mismo asunto” de siempre que Walter Benjamin desgrana con habilidad erudita en la colección de cartas antiguas, publicadas en el *Frankfurter Zeitung* entre 1931 y 1932, empezaba a asomar también con inquietud en su correspondencia de por aquellos mismos años. Las circunstancias determinan este inevitable puente epistolar, ya que 1932 significa para Benjamin, como para muchos otros intelectuales alemanes, el principio de su deriva personal definitiva, marcada por la soledad extrema, la ausencia total de expectativas, la penuria y el exilio. El triple lema de aquella colección, que tomó forma de libro en 1936, aunque publicado con seudónimo y en una editorial suiza, —el último libro, por cierto, que el pensador berlinés consiguió publicar— es también significativo: “De honor sin fama / De grandeza sin fulgor / De dignidad sin recompensa”.

Entre los géneros que más amaba Benjamin, incluyendo aquellos que él mismo renovó o inventó, sin duda el epistolar ocupaba un lugar preferente. Buscador y lector incansable de cartas antiguas, propietario incluso de algunas de ellas —hasta que la necesidad le obligó a venderlas juntamente con otros objetos de coleccionista—, fue también él mismo a lo largo de su vida un constante corresponsal. Si en aquellas viejas cartas que buscó y editó admiraba sobre

todo una “Alemania secreta” que era posible leer entre líneas, con el descarnado catálogo de obstáculos con que se enfrentaron tantos escritores alemanes en su trabajo y en su vida, era porque lo que realmente pretendía destacar no era otra cosa que aquel contrapunto tan humano que se da siempre entre grandeza y tono menor, entre las más nobles aspiraciones y la certidumbre de la vida cotidiana. Se diría entonces que, desde la autoconciencia creciente, como buen analista del género y de la realidad histórica, miembro de pleno derecho de aquel mismo “cortejo de poetas y pensadores” que se arrastran en busca de una “necesidad común”, Benjamin expone abiertamente en su generosa correspondencia, a partir de 1932, las huellas de una individualidad abocada a experimentar, día tras día, aquel mismo contrapunto inevitable, para el que también había encontrado, como era propio en su proceder intelectual, una notable y abundante tradición.

Porque la cartas de Walter Benjamin, especialmente las que escribió en sus últimos ocho años, no son tampoco casi otra cosa que un suplicar, se alzan como la expresión directa y cruda de la impotencia que sufre el escritor, *también* en este otro tiempo, por desempeñar con dignidad su tarea. Ciertamente, no son sólo esto. Pese a los obstáculos, Benjamin creía estar realizando su trabajo, con mermadas expectativas, pero con la misma intensidad que en años anteriores, y las cartas dan testimonio de todos sus proyectos en marcha. De la misma manera, nunca dejó de prestar atención a lo que le rodeaba, por lo que encontramos también

en ellas descripciones valiosas de lugares, retratos de amigos o conocidos, crónicas de viajes inesperados, pensamientos urgentes surgidos de la lectura de periódicos o de las mismas cartas que recibía y a las que siempre contestaba.

Esta época definitiva comienza con un extraño viaje a Ibiza en abril de 1932. Poco o nada sabía Benjamin de esta isla cuando decidió realizar el viaje, pero la improvisación determinaba muchos de sus pasos, y ésta tenía que ver a menudo con su cambiante situación económica. “Por decirlo en pocas palabras: la coyuntura mercantil del año Goethe me ha permitido ganar unos cientos de marcos imprevistos mientras que al mismo tiempo Noeggerath me hablaba de cierta isla donde él mismo planeaba realizar su éxodo junto a toda la familia”. La primera carta que escribe desde Ibiza, a su amigo Gershom Scholem, el día 22 de abril de 1932, no sólo resume perfectamente las razones del viaje, sino que también es reveladora de su estado de ánimo, marcado por el entusiasmo que siempre le despertaba viajar al Mediterráneo.

Benjamin conocía Marsella y otras ciudades de la costa del sur de Francia, así como la isla de Córcega. Conocía también un buen número de ciudades italianas, entre ellas Roma, Génova y Nápoles. Había estado dos veces en Capri. En esta pequeña y famosa isla, destino favorito durante los años veinte de muchos intelectuales alemanes, conoció a la rusa Asja Lacis en 1924, uno de sus grandes amores y causante principal de al menos dos de sus libros: *Dirección única* y *Diario de Moscú*. Y conocía también España, ya que en 1925

había visitado Córdoba, Sevilla –navegó por el Guadalquivir– y Barcelona. Mucho podría escribirse sobre la relación de Benjamin con el Mediterráneo; son además numerosos los textos escritos bajo su influencia. Y no podemos, por supuesto, olvidar Portbou, última estación de su vida, en cuyo cementerio que mira al mar fue enterrado en los últimos días de septiembre de 1940.

Todo parece indicar, sin embargo, si nos atenemos a sus escritos, que el Mediterráneo se le reveló en Ibiza de un modo peculiar, tal como otros viajeros de la época reflejaron también en sus respectivas obras literarias, pictóricas o fotográficas. La sensación de estar pisando una tierra “arcaica” en todas sus manifestaciones, desde la arquitectura hasta la economía, siempre con “el paisaje más virgen que jamás he encontrado”, milagrosamente conservada por encontrarse “al margen de los movimientos del mundo, incluso de la civilización”, era común entre los pocos y selectos visitantes de aquel tiempo, y Benjamin se lo cuenta a Scholem ya en su primera carta, escrita sólo tres días después de su llegada.¹

Si por una parte “la coyuntura mercantil del año Goethe” le proporcionó, como él mismo reconoce, algún dinero para viajar, por otra, su viejo amigo Felix Noeggerath le señaló el lugar del viaje. Pero éste sí tenía una razón objetiva para via-

¹ Sobre los dos viajes de Walter Benjamin a Ibiza, Vicente Valero, *Experiencia y pobreza. Walter Benjamin en Ibiza, 1932-1933*, Península, Barcelona, 2001. Sobre la presencia en la isla de otros muchos escritores y artistas, tanto en los años treinta como en las siguientes décadas, Vicente Valero, *Viajeros Contemporáneos. Ibiza, siglo XX*, Pre-Textos, Valencia, 2004.

jar a Ibiza: acompañaba a su hijo Hans Jakob. El joven Noeggerath, que acabó haciéndose muy popular en la isla, hasta el punto de que acabó siendo conocido entre sus habitantes, por su fácil adaptación y sus maneras de proceder, como “el payés alemán”, había terminado sus estudios de filología románica en Berlín y estaba a punto de iniciar su tesis, cuyo tema sorprendió pero interesó vivamente a Benjamin: la tradición popular narrativa del campesinado ibicenco. Hans Jakob era un joven abierto y simpático, que hablaba catalán, y muy pronto supo ganarse la confianza de los campesinos. A estos los necesitaba para realizar su trabajo, de ellos extraía toda la información que había venido a buscar.

Benjamin vivió en Ibiza durante su primera estancia, entre el 19 de abril y el 17 de julio de 1932, en la casa que los Noeggerath alquilaron en la bahía de San Antonio, que entonces era sólo un pequeño pueblo de pescadores en la costa oeste de la isla. No era un invitado, sino que pagaba por su habitación y por su comida, aunque una cantidad muy ventajosa para sus intereses, lo que le descubrió inmediatamente otra de las virtudes de aquella isla en aquel tiempo: sus bajos precios. Ésta fue sin duda una de las razones principales por las que regresó a la isla el 11 de abril del año siguiente, esta vez para quedarse hasta el otoño. Pero si Benjamin llegó a Ibiza por primera vez como turista, la segunda lo hizo como exiliado: una diferencia sustancial que iba a marcar radicalmente su segunda estancia, vivida de un modo muy distinto de la primera. Basta leer la primera carta que escribió desde la isla en su segundo viaje, la del 15 de abril de 1933,

destinada a Gretel Karplus, y compararla con la ya citada a Scholem del año anterior, para darnos cuenta de que entre un viaje y otro el mundo había cambiado y lo había hecho en una dirección muy poco favorable para Benjamin.

Lo que en esta edición llamamos “época de Ibiza” no es otra que la que empieza en abril de 1932 con un viaje de placer a esta isla del Mediterráneo –aunque este viaje contiene ya no pocas características propias de una huida, como el propio Benjamin insinúa, ante las que cada vez parecían más inevitables “celebraciones de inauguración del Tercer Reich”,– continúa con un último viaje a Berlín, en noviembre del mismo año, después de pasar por Niza y por Poveromo, un pequeño pueblo italiano donde pasará unos meses en compañía de otro amigo, el escritor Wilhelm Speyer, para terminar de nuevo en Ibiza, ya como exiliado definitivo, paso previo para su definitiva estancia en París a partir de octubre de 1933. Las cartas que presentamos corresponden, pues, a estas fechas y dan razón de todos estos acontecimientos personales, paralelos a la llegada al poder de Hitler y de las trágicas circunstancias que de ésta derivaron.

De su primera estancia ibicenca sin duda cabe destacar el descubrimiento del paisaje y de la comunidad rural en la que estuvo inmerso. Sus cartas y otros escritos se fijan en la arquitectura popular, que por entonces empezaba a despertar el interés de algunos pocos jóvenes arquitectos, como era el caso, por ejemplo, de Josep Lluís Sert, que visitó la isla por primera vez aquel mismo año de 1932. Se de-

tienen en la contemplación de la naturaleza, fruto de sus múltiples paseos por el campo, sin duda su actividad favorita durante aquellos meses. De estos paseos surge uno de los textos más poéticos, y también más atípicos, de Benjamin, el titulado “Al sol”, una maravillosa incursión en el paisaje solar ibicenco y en el mundo tradicional campesino. Lee por placer de nuevo a Proust, a Gide, a Fontane, a Trotsky, a Green, a Stendhal. Escucha con interés los relatos populares ibicencos que Hans Jakob Noeggerath rescata en sus apuntes taquigráficos. Escribe él mismo también relatos y toma apuntes para una nueva teoría sobre el arte de narrar. Y celebra su cuadragésimo cumpleaños en compañía de los Noeggerath y de sus nuevos y jóvenes amigos, los Selz, un matrimonio francés al que tratará con frecuencia durante su siguiente estancia, celebración sólo supuestamente ensombrecida por la presencia de Olga Parem, una amiga con la que compartió sus últimos días en la isla y a la que seguramente él mismo había invitado, pero cuya relación se frustró cuando a Benjamin se le ocurrió la idea de pedirle matrimonio.

Pocos días después de su marcha lo encontramos en Niza, donde protagoniza un episodio singular del que esta correspondencia da buena cuenta. Allí redacta su testamento y escribe varias cartas de despedida a sus amigos más próximos anunciándoles su inminente suicidio. Scholem supone que su frustrada relación con Olga Parem en Ibiza pudiera ser la causa. Pero lo que Benjamin plantea en una de estas cartas desesperadas –la que dirige a su primo Egon

Wissing el 27 de julio— es otra cosa y no muy diferente, por cierto, a la que algunos de sus queridos “personajes alemanes” ya habían planteado el pasado siglo: “¿Cómo debería actuar cuando las posibilidades de sobrevivir para un escritor están a punto de desvanecerse radicalmente en Alemania?”. Sea cual sea la causa, se repone de la crisis y viaja a Italia, al pequeño pueblo de Poveromo, donde le espera Wilhelm Speyer. En este lugar permanecerá hasta noviembre, pues su situación económica no le permite siquiera tomar un tren, así que deberá esperar a que Speyer regrese a Berlín con su coche.

En Berlín pasará cuatro meses, el tiempo suficiente para solucionar algunos de sus asuntos pendientes y para darse cuenta de que lo más conveniente era salir pronto de allí, tal como habían empezado a hacer algunos de sus amigos, entre ellos Brecht, Krakauer y Bloch. Todavía en Berlín, el 28 de febrero, escribe a Scholem: “La escasa calma con la que se ha reaccionado en mis círculos al nuevo régimen se ha agotado rápidamente y todo el mundo percibe que el aire ya apenas puede respirarse; una circunstancia que, ciertamente, pierde trascendencia cuando a uno se le hace un nudo en la garganta”. Han comenzado los registros en las casas y las detenciones. Y Benjamin decide entonces regresar a Ibiza. Esta vez lo hace pasando por París, donde se reúne con Jean y Guyet Selz, a quienes había conocido en los últimos días de su estancia en la isla, para realizar juntos el viaje. Así es como, después de pasar un par de días en Barcelona, durante los cuales aprovechó para visitar los cabarets del barrio

chino, se instala de nuevo en San Antonio el 11 de abril de 1933, aunque esta vez sin duda con un estado de ánimo diferente. Ni él mismo sabe entonces cuánto tiempo permanecerá en la isla ni hacia dónde dirigirá sus pasos después –París, Palestina o incluso quedarse en España: son tres posibilidades que surgirán durante aquellos meses–. “Después de haber realizado –le escribe a Scholem el 19 de abril de 1933– lo último que me quedaba por hacer, es decir, reducir mis gastos con mi viaje hasta aquí al mínimo europeo de supervivencia (entre aproximadamente 60 y 70 marcos al mes), no puedo de momento desarrollar toda mi actividad”.

Entre las causas de este regreso se encuentra en primer lugar la económica. Pocos lugares podía haber tan baratos como Ibiza en aquel tiempo, tal como había comprobado el año anterior. Alojado de nuevo con los Noeggerath, aunque en una casa diferente, en la que Benjamin se sintió a disgusto desde el primer día, los problemas empezaron a surgir muy pronto. Inesperadamente, la isla parecía haber empezado a hacerse famosa y había atraído a un mayor número de visitantes. Entre estos se contaban por igual los que habían huido de Alemania, judíos sobre todo, y nazis en periodo vacacional. En consecuencia, la isla ya no era tan barata. Parece que la fiebre constructora empezaba a afectar a los isleños y las obras abundaban tanto en San Antonio como en la ciudad de Ibiza. Benjamin se queja a menudo en sus cartas de las explosiones y los martillazos que oye en el pueblo, donde había una cantera, no muy lejos de la casa donde vivía. Se abrieron, durante aquella primavera, nuevos ho-

teles y pensiones. “Echo de menos –escribe a Scholem el 16 de junio de 1933– las densas sombras con las que las alas de la crisis económica enterrarán en pocos años toda esta soberbia de tenderos y veraneantes”. Los largos paseos por el campo se convierten de nuevo en su actividad favorita, aunque, por otra parte, no puede dejar de trabajar, escribiendo sobre todo reseñas para la prensa alemana, siempre con seudónimos, casi el único medio económico con el que cuenta para subsistir.

Las preocupaciones son ahora también diferentes. Las noticias que llegan de Alemania –lee cada día algún ejemplar atrasado del *Frankfurter Zeitung*– son cada vez más inquietantes. Sus cartas dejan claro que estaba al tanto de todo lo que ocurría en su país, así como de su inquietud por el destino de su hermano, que fue detenido, y de su hijo, que finalmente se trasladó con su madre a Viena. También por correspondencia se ocupa de su biblioteca, que salva gracias a la intervención de Gretel Karplus, así como de sus no menos preciados objetos de coleccionista –monedas, libros infantiles, autógrafos–, que trata de vender a toda costa mediante intermediarios. Su situación económica empeora a medida que pasan los días y reclama que le envíen más libros para reseñar, pero en las redacciones de los periódicos alemanes también hay cambios importantes y encuentra nuevas dificultades. Su condición de exiliado está siempre presente en sus pensamientos: “Cuando doy un paseo por el bosque –le confiesa a Gretel Karplus el 16 de mayo–, me viene algunas veces París a la mente. No es sólo la idea de

tristeza propia del invierno que me esperaba, sino también la situación de necesidad que tendría que afrontar con mi vuelta allí”. Pero el 31 de julio le escribe también a Scholem que “sólo con horror afrontaría el hecho de pasar un invierno en Ibiza”. Entretanto se enturbia su relación con los Noeggerath, hasta que rompe con ellos definitivamente y se traslada a vivir a una pequeña casa todavía en construcción, en un lugar más tranquilo, donde pasará los últimos tres meses de su estancia, pero en una “habitación –le escribe a Gretel Karplus a principios de julio de 1933– que no se había preparado y habilitado en principio para mí sino como cuarto para almacenar los muebles de su propietario. Con esto comparto yo también lo mío”. Como en los últimos días de su primer viaje, sin embargo, tuvo también tiempo para el amor. Conoce a la pintora holandesa Anna Maria Blaupot ten Cate y parece que en su compañía transcurrieron algunos de los días más felices en la isla, poco antes de enfermar de malaria y de viajar, a finales de septiembre, malhumorado y con fiebre, a París.

De éstas y de otras muchas circunstancias personales tratan estas cartas de la época de Ibiza. Entre el desasosiego y la desesperación, asoma no pocas veces la luz del paraíso mediterráneo, como un efímero remanso, imposible de retener. Bajo esta luz nacen con esperanza sus escritos, sobre los que Benjamin da buena cuenta también en estas cartas, y en primer lugar, por encima de cualquier otro, *Infancia en Berlín hacia 1900*, cuyos primeros capítulos surgen en otoño

de 1932, en Poveromo, como ejercicio de reelaboración de otro pequeño libro escrito en Ibiza, durante la primavera de aquel mismo año: *Crónica de Berlín*.¹ Que su autor creía firmemente en este proyecto memorístico de influencia proustiana lo demuestran estas cartas también: sus esfuerzos por publicar los capítulos en la prensa alemana, su insistencia en que Adorno y Scholem los conozcan y opinen sobre ellos, la traducción al francés en Ibiza –con la esperanza de que el libro pudiera publicarse en Francia–, realizada por el propio Benjamin, con la ayuda de Jean Selz, aunque éste no sabía ni una palabra de alemán. Berlín, la ciudad de la que ya se estaba despidiendo para siempre, es sin duda la protagonista del libro, vista y recorrida desde la memoria, sí, pero con los ojos aún del niño que todo parece haberlo descubierto en sus calles, en sus casas, en sus barrios. Este fue sin duda su proyecto más querido durante aquellos meses, convencido como estaba de su valor, no sólo sentimental sino también literario. No llegó a verlo nunca publicado como libro.

El más querido, pero no el único. Conociendo las circunstancias tan desfavorables que rodearon su vida durante aquel año y medio, sorprende –dejando a un lado las reseñas que se vio obligado a escribir por razones económicas inmediatas– su intensa actividad creativa. Durante su primera estancia en la isla, Benjamin se convirtió en narra-

¹ Walter Benjamin, *Infancia en Berlín hacia 1900*, Alfaguara, Madrid, 1990. En cuanto a “*Crónica de Berlín*”, puede leerse en español en *Escritos autobiográficos*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, y en *Personajes alemanes*, op. cit.

dor. De esta época son los relatos “El viaje de la Mascotte”, “El pañuelo”, “Una tarde de viaje” y “La cerca de cactus”, a los que hay que añadir otros tres que escribió durante su segunda estancia: “Historias desde la soledad”, “Conversación sobre El Corso (Ecos de un carnaval en Niza)” y “Tener buena mano (Una charla sobre el juego)”.¹ Son todos ellos relatos que tratan de recuperar la atmósfera de la narración al viejo estilo, en la que la cadena de la transmisión oral es determinante. La práctica acompañaba a la teoría, pues uno de los “temas” que lo tuvo ocupado por aquellos días fue precisamente el de la narración tradicional, un tipo de narración basada en la memoria de “los marinos mercantes y los campesinos sedentarios”, en el ejercicio compartido de “las labores domésticas” y en el ambiente de las viejas casas donde los habitantes todavía “mueren en su propia cama”, y que juzgaba en fase de desaparición, como el propio mundo que la había hecho posible. (No hay que olvidar aquí tampoco al joven Hans Jakob Noeggerath, quien por aquellos días, como ya se ha dicho, se dedicaba a recopilar narraciones populares ibicencas, que respondían, por su estructura y su temática, al modelo de relato que Benjamin analizaba). Sus reflexiones definitivas en torno a este tema, vinculadas a su pasión por catalogar las pérdidas con que se abría paso la modernidad, pueden leerse en su ensayo “El narrador”,² publicado en 1936, aunque ya anunciado en 1933, con el título de “Romancier und Erzähler” (“Novelista

¹ Walter Benjamin, *Historias y relatos*, Península, Barcelona, 1991.

² Walter Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus, Madrid, 1991.

y narrador”), ofrecido al suplemento del *Kölnische Zeitung* y nunca entregado.

De esta época son también, además del ya mencionado “Al Sol”, la mayoría de los textos breves que integran las series “Autorretratos de un soñador”, “Cuadros de un pensamiento”, “Serie de Ibiza” y “Sombras breves II”.¹ Próximos a la prosa poética, estos textos ofrecen observaciones muy personales sobre distintos aspectos de la realidad, reconstruyen sueños o reflexionan acerca de objetos aparentemente sin importancia, al estilo de *Dirección única*, el libro que Benjamin había publicado en 1928. Durante su primer viaje escribió además un diario, conocido como “España 1932”,² algunas de cuyas anotaciones sirvieron para elaborar sus primeros relatos. Durante el segundo escribirá los ensayos “Sobre la situación social que el escritor francés ocupa actualmente”, “Sobre la facultad mimética” y “Experiencia y pobreza”.³ A propósito del primero de ellos, incidiendo en las dificultades en que fue escrito, sin apenas bibliografía, informan con detalle algunas de estas cartas. Se trataba de un encargo que consiguió para la revista del Instituto para la Investigación Social, que dirigía Max Horkheimer. Este

¹ Las tres primeras series citadas, además de “Al sol”, se encuentran en Walter Benjamin, *Cuadros de un pensamiento*, Imago Mundi, Buenos Aires, 1992. Respecto a “Sombras breves II”, en Walter Benjamin, *Discursos interrumpidos I*, Taurus, Madrid, 1973.

² Walter Benjamin, *Escritos autobiográficos*, op. cit.

³ “Sobre la situación social que el escritor francés ocupa actualmente”, en Walter Benjamin, *Imaginación y sociedad*, Taurus, Madrid, 1980. “Sobre la facultad mimética”, en Walter Benjamin, *Angelus Novus*, Edhasa, Barcelona, 1971. “Experiencia y pobreza”, en Walter Benjamin, *Discursos interrumpidos I*, op. cit.

tuvo que enviarle algunos libros a San Antonio para que pudiera completarlo, entre ellos la nueva obra de Céline, *Viaje al fin de la noche*. En “Sobre la facultad mimética”, Benjamin reflexiona acerca el concepto de imitación, especialmente aplicado al lenguaje, y se pregunta si el debilitamiento de esta facultad, tan común en las sociedades arcaicas, se debe a una transformación o a su decadencia, ya que “el mundo perceptivo del hombre moderno no contiene más que escasos restos de aquellas correspondencias y analogías que eran familiares a los pueblos antiguos”. Un año antes ya había planteado esta cuestión en otro texto también escrito en la isla: “Zur Astrologie” (“Sobre astrología”). Por último, “Experiencia y pobreza”, escrito en aquella vivienda sin terminar, donde Benjamin vivía como un mendigo en una obra –hasta el punto de ganarse entre los lugareños el apodo de “el miserable”–, retrata el itinerario de una generación –la suya propia–, que ha tenido que renunciar, tras la Primera Guerra Mundial y las sucesivas crisis económicas, y a la espera de la nueva “guerra inminente”, a la experiencia objetiva de las generaciones precedentes, provocando la decadencia del concepto mismo de tradición, para poder “comenzar desde el principio”. Es así como “en sus edificaciones, en sus imágenes y en sus historias, la humanidad se prepara a sobrevivir, si es preciso, a la cultura”.

“Notas sobre el crock” y “Agesilaus Santander”¹ son otros dos textos breves escritos en Ibiza durante su segunda estancia. El primero de ellos describe una experiencia con el

¹ “Notas sobre el crock”, en Walter Benjamin, *Haschisch*, Taurus, 1974. “Agesilaus Santander”, en *Escritos autobiográficos*, op. cit.

opio que tuvo lugar en casa de Jean Selz, situada en el barrio antiguo de la ciudad de Ibiza, en mayo de 1933. No era la primera vez que Benjamin había escrito sobre los efectos alterados de la conciencia, pero nunca había experimentado con el opio. También algunas de estas cartas aluden veladamente a esta experiencia, como la que le envía a Gretel Karplus el 26 de mayo. La palabra “crock” la había inventado Jean Selz para referirse al opio y con este mismo sentido la utilizará Benjamin. Respecto a “Agesilaus Santander” se sabe que fue escrito en agosto como regalo de cumpleaños para Anna Maria Blaupot ten Cate. Se trata de un texto autobiográfico en el que, mediante referencias cabalísticas, su autor celebra que el destino le haya permitido encontrarse con la pintora holandesa, de la que, como ya se ha dicho, andaba enamorado por aquellos días.

Las cartas no solamente dan noticia de lo que escribió, sino también de lo que leyó Benjamin en Ibiza. Se adentra con pasión en la autobiografía de Trotsky, regresa a Proust, a quien él mismo había traducido, y a Gracián, escritor al que apreciaba mucho y sobre el que pretendía escribir un ensayo. Entre las múltiples referencias a sus lecturas destacan las que aluden a las largas novelas de un autor hoy bastante olvidado: Arnold Bennet. Pero incluso esta extraña elección contiene elementos de carácter personal relacionados con su propia situación. “Reconozco en él –le confiesa a Julia Radt-Cohn el 24 de julio de 1933– cada vez más a un hombre no sólo cuya actitud es similar a la mía, sino

que además sirve para reforzarla: un hombre en realidad en el que una absoluta falta de ilusiones y una desconfianza radical respecto al curso del mundo no conducen ni al fanatismo moral ni a la amargura, sino a la configuración de un arte de la vida extremadamente astuto, inteligente y refinado que le lleva a sacar de su propio infortunio oportunidades y de su propia vileza algunos de los comportamientos decentes que competen a la vida humana”.

Entre los destinatarios de todas estas cartas destacan dos buenos amigos de Benjamin: Gershom Scholem y Gretel Karplus. A ellos van dirigidas las principales confidencias, aunque de manera muy diferente. En las cartas a Scholem están presentes la ironía, el comentario mordaz, la frase hiperbólica, como rasgos de la confianza mutua, de una amistad de muchos años, nacida en plena juventud.¹ Ambos conocían bien los intereses intelectuales de cada cual, en realidad muy distintos, cada vez más. Scholem se había ya instalado en Jerusalén como profesor universitario y se dedicaba plenamente a los estudios cabalísticos que tanta reputación llegarían a otorgarle. A él le envía Benjamin todos los textos que escribe, no sólo para conocer su opinión sobre ellos, sino también para asegurarse de que van a ser conservados, como así ocurrió.

Las cartas a Gretel Karplus tienen un tono diferente, aun-

¹ G. Scholem publicó en 1980 su correspondencia con Walter Benjamin desde 1933 a 1940 en un libro que fue traducido al español siete años más tarde, Walter Benjamin/Gershom Scholem, *Correspondencia, 1933-1940*, Taurus, Madrid, 1987.

que contengan casi siempre las mismas informaciones. Su amistad con ella era más reciente, ya que se habían conocido en 1928. Doctora en filosofía y futura esposa de Theodor Wiesengrund Adorno, Gretel Karplus vivía en Berlín y a ella le envía Benjamin las cartas sin duda más hermosas. Junto con sus respuestas ella le envía también en ocasiones algo de dinero. Él la llama cariñosamente Felizitas, flirtea con discreción y le pide, entre otras muchas cosas, que le haga una visita a Ibiza. (Esto mismo se lo pide también a Inge Buchholz, sobre quien apenas sabemos nada, y probablemente se lo pidió a Olga Parem, la única que aceptó la invitación con las consecuencias que ya hemos mencionado). No se han conservado, sin embargo, entre otras muchas, las cartas que envió durante esta época a su hijo Stefan, que por entonces era un inquieto adolescente de ideas comunistas. (Poco podía sospechar Benjamin durante sus estancias en Ibiza que, cuarenta años después, sus nietas, es decir, las hijas de Stefan, acabarían viviendo durante casi una década en Cala Blanca, en la cercana isla de Mallorca, y que hablarían perfectamente el español que él afirma, en una de las cartas enviadas a Gretel Karplus, la del 15 de abril de 1933, haber empezado a aprender, sin duda pensando en la posibilidad de no viajar a París y de quedarse a vivir en España).

Cabe mencionar, por último, que en su correspondencia posterior a 1933 no faltarán alusiones a sus estancias ibicencas. Por carta es informado, por ejemplo, a finales de noviembre de 1934, de la muerte en la isla, por tifus, del

joven Hans Jakob Noeggerath, noticia que dice haberle “impresionado mucho más de lo que podría suponerse por la naturaleza de nuestra relación”. Todavía en la primavera de 1936, es decir, casi tres años después de su último viaje, escribirá en otra carta, enviada a su amigo Alfred Cohn desde París, su deseo de regresar a Ibiza, “esa isla en la que no puedo dejar de pensar”.

VICENTE VALERO

NOTA A LA EDICIÓN

La amplísima correspondencia conservada de Walter Benjamin desde 1910 hasta 1940 ha sido publicada por la editorial Suhrkamp en seis voluminosos tomos. Las cartas de la presente edición son sólo una parte del tomo cuarto, que recoge las escritas entre 1931 y 1934, publicado en 1998, al cuidado de Christoph Gödde y Henri Lonitz. A estos pertenecen también las notas a pie de página que reproducimos, que son solamente una selección de las que aparecen en la edición alemana. En algunos casos, sin embargo, hemos ampliado estas notas con nuevas informaciones o con datos que pensamos que pudieran ser de mayor interés para el lector español –siempre entre corchetes e indicando que se trata de una nota del editor español (N.E.E.).

V. V.

CARTAS DE LA ÉPOCA DE IBIZA

A Gershom Scholem

San Antonio (Ibiza), 22 de abril de 1932

Querido Gerhard:

Estoy seguro de que este sobre causará tu sorpresa, sobre todo cuando logres descifrar el matasellos. En el preciso momento en el que tú te diriges a las metrópolis europeas, yo me retiro a su rincón más alejado; una situación que surgió por sorpresa como –por seguir un viejo y certero dictamen tuyo– la mayoría de las cosas que me suceden; un hecho que tiene que ver básicamente con el resultado de mi situación económica, tan marcada significativamente bien por ingresos inesperados, bien por largos periodos de sequía. Por decirlo en pocas palabras: la coyuntura mercantil del año Goethe me ha permitido ganar unos cientos de marcos imprevistos mientras que al mismo tiempo Noeggerath me hablaba de cierta isla donde él mismo planeaba realizar su éxodo junto a toda su familia.¹ De este modo, el día 7 de

¹ Se trata de Felix Noeggerath, de su tercera mujer Marietta, condesa de Westarp –o atendiendo a las informaciones de Hubertus, Príncipe de Löwenstein: Ma-

abril, de nuevo –como hace seis años–, me embarqué a bordo del buque de carga *Catania* a Barcelona tras once días de un viaje que comenzó muy agitado. Y de allí, finalmente, llegué hasta aquí, donde ya me aguardaba Noeggerath.

De toda la aventura para llegar aquí, así como del colofón final del viaje, que terminó de forma muy perjudicial para él y, en esa medida, también desagradablemente para mí, a causa de un hombre que reveló ser un estafador buscado por la policía¹ que le alquiló una casa en la isla que además realmente no poseía... Bueno, éstas son cosas de las que sería mejor hablar sentados delante de una chimenea y no precisamente por carta. Sea lo que sea, te ruego que hoy, el tercer día en el que estoy aquí, me escribas lo antes que puedas a la dirección que aparece más abajo.

rietta de Wentzel– y de su hijo Hans Jakob (Jean Jacques) Noeggerath. Sobre la referencia, incluida más abajo, a la nuera, no se dispone de información. [Las personas consultadas en Ibiza que conocieron y trataron a los Noeggerath durante sus estancias en aquella época aseguraron que el joven Noeggerath no estaba casado y sólo venía acompañado por su padre y la mujer de éste. N. E. E.]

¹ Sobre este hombre no se sabe nada más, pero quizás, en las anotaciones realizadas por Benjamin en “España 1932”, se encuentre una referencia suya bajo el *nom de guerre* del “estafador”, que al parecer tenía el nombre civil de Pootmann (cfr. 8-12-1953, la carta de Felix Noeggerath a Adorno): “No es nada nuevo que los estafadores consigan sus objetivos sin esfuerzo sólo cuando se han atribuido un nombre que produce un efecto, digamos, narcótico en los círculos donde pretende dar el golpe [...] pero que en la llamada ‘era de las comunicaciones’ una pobre isla del Mediterráneo pueda convertirse en la base de operaciones de un estafador tal vez ha de merecer un relato más detallado. De todos modos, son, cierto es, otros los espíritus que sucumben a la magia de Ibiza, como tal vez un ‘Hohenzollern (corregido por la lectura confusa originaria de “Hohenhalter”)’” (*Escritos autobiográficos*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pag. 179).

De cómo se desarrolle el verano dependerá básicamente de las cuestiones económicas. En cualquier caso, ésta era mi única oportunidad de escapar de la ignominia que en Berlín está regulando los salarios y las transacciones y que termina produciendo una tensión tan insoportable. El viaje tampoco podía demorarse más tiempo por miedo a reducir más mis ya escasos recursos, y todo esto por no mencionar los obstáculos burocráticos. Seguro que me entenderás si te digo que aquí vivo en una casa para mí sólo, que tomo tres comidas muy preparadas al estilo regional y con cierto *goût du terroir* –por lo general, sin embargo, bastante delicadas– y que apenas pago por todo ello más de 1,80 marcos; se entiende de suyo por todo ello que la isla se encuentre al margen de los movimientos del mundo, incluso de la civilización y que sea preciso también renunciar a todo tipo de comodidades; esto puede hacerse sin problemas, pero no sólo por la paz interior posibilitada como un resultado de la independencia económica, sino también por la disposición de ánimo que le proporciona a uno su paisaje, el más virgen que jamás he encontrado. Como la agricultura y la cría de ganado aún se practican aquí bajo una forma arcaica, no cabe encontrar más de cuatro vacas en toda la isla, ya que los campesinos siguen apegados a una economía a base de cabras; tampoco es posible ver algún tipo de maquinaria agrícola, y los campos se riegan como hace cien años por ruedas de labranza arrastradas por mulas; de igual modo también son arcaicos sus interiores: tres sillas junto al muro de la habitación frente a la entrada se ofrecen al extraño con

la confianza y seguridad que tendrían tres “Cranachs” o “Gauguins” colgados en la pared; un *sombrero*¹ sobre el respaldo de una silla es más imponente que la más costosa tapicería. Queda decir finalmente que existe una serenidad, una belleza en los hombres –no sólo en los niños– y, además de eso, una casi total libertad de los extraños, que debe conservarse mediante la parquedad de informaciones sobre la isla... Desgraciadamente, todas estas cosas puedan quedar amenazadas por un hotel que se está construyendo en el puerto de Ibiza; al menos, no está cerca de terminarse y nosotros no estamos en la capital de la isla, sino en un pequeño rincón apartado. Noeggerath está aquí con su mujer y su nuera, así como con su hijo,² que prepara su tesis doctoral para Gamilschegg³ sobre el dialecto del lugar. Una vez que se destapó el asunto del estafador, a Noeggerath no le llevó mucho tiempo obtener permiso para vivir sin renta durante un año en una casa de campesinos totalmente cons-

¹ En español en el texto original.

² Jean Jacques Noeggerath (1908-1934) estudió filología románica en Berlín. [El joven Noeggerath no pudo terminar su tesis, ya que murió de tífus en Ibiza en septiembre de 1934, pero su trabajo tampoco resultó en vano. Una recopilación suya de narraciones populares ibicencas fue entregada por su padre al estudio veraneante Josep Roure-Torent, quien las publicaría con el título de *Contes d'Eivissa*, en México (lugar donde tuvo que exiliarse tras la guerra civil), en 1944 y con un prólogo del poeta catalán Josep Carner. N. E. E.]

³ Se trata del filólogo Ernst Gamilschegg (1887-1971), profesor desde 1925 en Berlín; desde 1946 enseñó en Tubinga. [En los años veinte hizo gran amistad con el filólogo y erudito catalán Antoni Griera, que enseñó su idioma en diferentes universidades alemanas. De hecho, el joven Noeggerath llegó a Ibiza con una carta de recomendación firmada por Antoni Griera. N.E.E.]

truida en piedra, casi en ruinas, que tiene que arreglar por su cuenta; su compañía es muy agradable y no molesta de ningún modo; él mismo ha perdido algo con los años.

Mañana probablemente empezaré a trabajar; me he visto afectado por el mencionado delincuente por haberle alquilado mi habitación; puesto que ella ahora está vacía –pues la policía criminal va detrás de él–, me veo obligado a cubrir por mi cuenta el gasto del alquiler; cuánto tenga que quedarme aquí dependerá en alguna medida de las posibilidades que tenga de trabajar, posibilidades que quizá no debería sobrevalorar, al menos en la medida en que, como ahora, siga alojado cerca de una herrería. Lo que recientemente ha aparecido impreso te lo remitiré a la vez que esta carta; debes tomar nota de dos extensas piezas radiofónicas:¹ “Was die Deutschen lasen während ihre Klassiker schrieben” [“Lo que los alemanes leían mientras sus clásicos escribían”] y “Radau um Kasperl” [“Lío por Kasperl”]. Se trata de dos piezas que han obtenido un gran éxito. Justo ahora la radio berlinesa me ha encargado realizar algo sobre “Lichtenberg”, un trabajo que quiero comenzar en ese cráter lunar bautizado precisamente con el

¹ La pieza citada se emitió en la *Funkstunde Berlin* el 16 de febrero de 1932 (cfr. *Gesammelte Schriften* [(*Obra reunida*), en lo sucesivo GS] IV-2, pp. 674-695). El texto radiofónico “Radau am Kasperl” (cfr. GS IV-2, pp. 674-695) fue emitido bajo la dirección de Benjamin el 10 de marzo de 1932 en la *Südwestdeutschen Radiofunk Frankfurt*. Por su parte, la pieza “Lichtenberg. Ein Querschnitt” [“Lichtenberg. Un corte transversal”] fue acabada por Benjamin poco antes de su huida de Alemania a comienzos de marzo de 1933, pero nunca llegó a emitirse (cfr. GS, IV-2, pp. 696-720 y GS VII-2, pp. 837-845).

nombre de “Lichtenberg” –sí, existe uno como éste– por el autor. Se me hace raro escribirlo todo de nuevo a mano, pero, como ves, completo mi entrenamiento escribiendo cartas interminables.

Aquí aún no hace calor; la temperatura tórrida de verdad vendrá sólo con agosto; entonces tú estarás, como supongo, en Berlín, y tal vez nos veamos allí; si no es así, podría imaginarme la posibilidad de tener un *rendezvous* en algún lugar situado entre Turín y Niza o quizá en el mismo Turín. Una pregunta: ¿por qué en Barcelona uno no puede encontrar manuscritos cabalísticos? En todo caso, escíbeme tan pronto haga tus planes.

Me cansa el constante ruido del martilleo y el cacareo de las gallinas, así que concluyo aquí, adjuntándote aún una postdata, y mandándote mis más cariñosos saludos.

Tuyo, Walter

P. D. Querido Gerhard, vuelvo a leer ahora tu carta, y no sabes cuánto lamento haberte hecho esperar en Roma; no te puedes hacer idea de las dificultades surgidas a propósito de mi última separación de Berlín y de cómo la última hora previa a mi salida la tuve necesariamente que utilizar para realizar un trabajo por escrito que me había encargado el *Literarische Welt*. Aún espero que el envío de mis sinceros deseos para que disfrutes de un *buen* viaje no llegue demasiado tarde; lo deseo para bien de los dos. ¡Cómo

me acercaría yo si no al extraño Mr. Oko¹ y su milagroso Schocken!² Si no has recibido aún las primeras cartas es porque algunas de ellas están fuera de circulación y otras, todas –que ya, en otras ocasiones te pedí– porque, en cualquier caso, no puedo acceder fácilmente a ellas. Te adjunto (en este mismo envío que aquí te hago) algunas. Estoy leyendo por segunda vez *La cartuja de Parma*. Espero que tú también puedas permitirte el regalarte una segunda lectura: apenas hay algo más bello. Anochece y quiero terminar antes de que encienda las velas, si es que todavía quedan algunas.

A Gershom Scholem

San Antonio (Ibiza), 3 de mayo de 1932

Querido Gerhard:

Te escribo con toda prisa antes de que salga el barco postal que no ha de acompañar más que la desautorización de tus infatigables recelos. Mi dirección ahora es: *San Anto-*

¹ Referencia al erudito especialista en Spinoza, bibliógrafo y bibliotecario Adolph S. Oko (1883-1944), que de los años 1906 a 1933 fue bibliotecario de la *Hebrew Union College* en Cincinnati. Oko era además uno de los miembros fundadores de la *Societas Spinoza* y, tras hacer escala en Palestina, viajó a Europa.

² Salman Schocken (1877-1959), a la sazón propietario de una gran cadena de comercios e importante coleccionista judío, había empezado en ese momento a crear la editorial *Schocken*, que más tarde jugaría un papel decisivo dentro del sector editorial judío.

nio, Ibiza (Balears). Por esta vez me parece bien que añadas el dato fundamental de “Abate de San Antonio”, ya que falta Ibiza, y éste es el nombre de la isla; además en Las Balears existe un San Antonio mucho más grande. Así que tal vez tengas razón: quizá haya sido yo el que había olvidado escribirte la dirección correcta. Por eso te doy información más detallada; estaré aquí por lo menos aún tres semanas más.

Mis más afectuosos saludos,

Tuyo, Walter

A Gershom Scholem

San Antonio (Ibiza), 10 de mayo de 1932

Querido Gerhard:

Por mucho que el papel azul te dé esa impresión, no se trata de ningún capricho; es que te escribo en el bosque, tumbado, es decir, del mejor modo posible; aunque el último martes te envié una breve carta, ésta es más larga: dado que tú siempre tienes que oír mis quejas sobre la falta de tiempo, tienes derecho a que te dedique mucho más; decir que éste me sobra, de todas formas, sería una exageración. Pues apenas catorce días después de haberme instalado han surgido aquí todo tipo de ocasiones, por no decir impera-